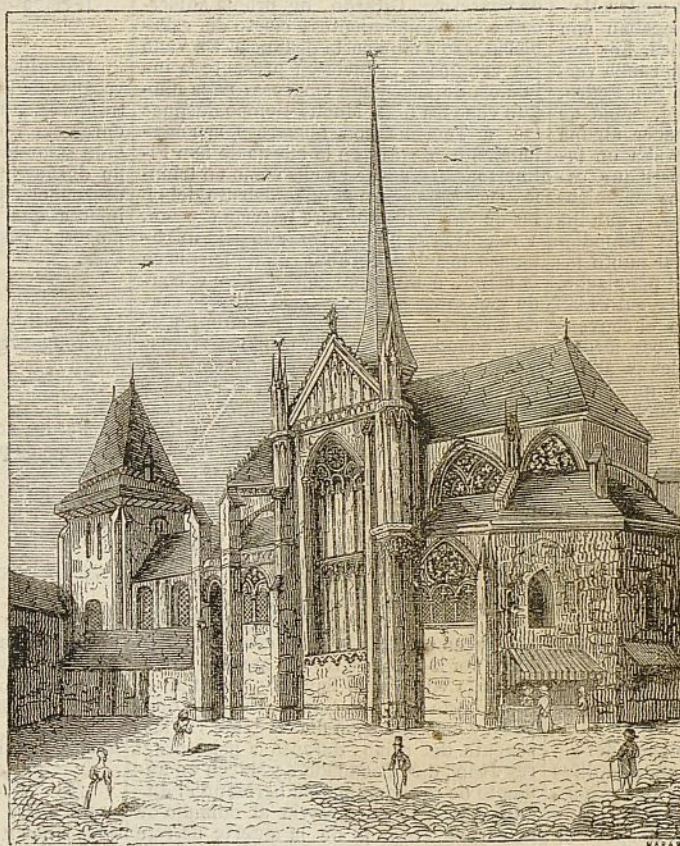


APUNTES HISTÓRICOS.



Catedral de Macon.



FRANCIA.

MA CON.

(DEPARTAMENTO DEL SAONA Y DEL RODANO.)

Macon, antigua ciudad de la Galia Céltica, antes de la invasión romana, formaba parte de la república de los eduanos. Apoderáronse de ella los romanos y le dieron el nombre de *Matisco Eduorum*, estableciendo en ella depósitos militares, y una vasta fábrica de flechas y jabalinas; mas tarde la población tomó el título de ciudad: levantáronse templos y varios edificios públicos, que han destruido las guerras y otras públicas calamidades. Cuando en 4758 echaron los fundamentos del grande hospicio, desenterráronse vasos, estatuas de bronce y de plata, y otros objetos preciosos, que demuestran haber ocupado aquel mismo sitio antiguamente un suntuoso templo romano. También en las excavaciones practicadas en 1810 para ahondar los fundamentos de la iglesia de San Vicente hallaron dos piedras con dos inscripciones: la una es un fragmento de un altar dedicado á Júpiter Tonante y á Augusto; y la otra una losa sepulcral, cuya inscripción está hecha en honor de Golo, quien por sus grandes virtudes se elevó á los primeros honores, mereciendo que se

Agosto 29 de 1852.

le erigiesen estatuas. Hallaron también monedas romanas, y varias columnas de diferentes diámetros, cuyo granito es de tal calidad, que no se encuentra ahora en ninguna cantera del país. Macon, en tiempo de los romanos, ocupaba la altura de los Jacobinos: varios mapas de los siglos VIII y IX, prueban que la antigua iglesia de San Vicente se halla fuera del recinto de las murallas.

Pocas ciudades han sufrido tanto saqueo como la de Macon: en 451 saqueáronla los hunos y la redujeron á cenizas, bajo el mando de Atila, y apenas reedificada de nuevo, fueron á saquearla los moros. En el siglo IX, queriendo Lotario vengarse de los condes Bernardo y Guerin por haber contribuido á dar la libertad á su padre, tomó la ciudad y la incendió en parte. Por una carta de Luis el Joven, sabemos que bajo su reinado la ciudad fué destruida y arrasada por la malicia de unos traidores y desleales. La causa de esta devastación, así como los nombres de los pueblos que la cometieron no se sabe; pero es probable que fuesen los brabanzanes, los mismos que bajo las órdenes de Guillermo, conde de Charolais, pasaron á saco á Cluny; en un antiguo martirologio menciónanse varios canónigos muertos en Macon por Barbantiones. Esta triste calamidad de Macon, aniquiló á todos sus habitantes, dejándolos tan pobres que hasta pasados muchos años no pudieron tratar de su reedificación. Con todo, al fin

se armaron de resolución, y á fines del reinado de Felipe Augusto se levantó de nuevo la ciudad, rodeada de murallas: en estas se abrieron seis puertas, la primera de las cuales pertenecía, la del Puente, al arzobispo, que enviaba á ella los porteros; la de Bourgneuf y Barne eran guardadas también por encargados del obispo; la de la Ciudadela y la de Guicear-Vignier, amurallada posteriormente, estaban bajo la guarda del conde; por fin, la sexta ó de San Antonio, estaba confiada á un buen hombre á espensas del conde y del cabildo.

Algunos años después de esta reedificación de la ciudad, vióse levantar una plaga de hombres, como dice un cronista, nacidos para azote de los demás, que se entregaron al pillage é incendio de las iglesias y conventos. No obstante las revueltas que estos perversos enemigos de todo sosiego suscitaron, llegaron á su fin, y castigados los principales reos y motores del desorden, quedaron en paz los negocios eclesiásticos de Macon, bien que esta no estuvo tan sólidamente arraigada que no haya tenido que sufrir aun grandes quebrantos é infortunios. «Bajo el reinado de Luis XI, acordándose los canónigos de San Pedro de las desgracias padecidas en otro tiempo, resolvieron á tomar mayores precauciones y fortalecer su seguridad, con que rodearon el monasterio con robustos muros, añadiéndoles cuatro torres en las cuatro esquinas y

otras cuatro en los lados respectivos, que junto con las de dos magnificas puertas con puentes levadizos, comunicaban un formidable aspecto á la fortaleza. Pero aconteció que habiendo venido Luis IX á hacer la guerra al duque de Borgoña, los soldados del rey se volvieron contra Macon, y en estas correrías llegaban con frecuencia cerca de sus murallas. Los habitantes de Macon estaban esperando verse sitiados; un canónigo de San Pedro, encargado de arreglar el reloj, subió de noche al campanario para hacer alguna recomposicion; pero como llevaba un farol, antojóseles á los maconenses que estaba en inteligencia con los enemigos acampados en los alrededores, y que iba con aquella luz á darles señales. Difundióse este rumor, y exacerbó á tal punto los ánimos de los soldados y del populacho, que llevados de un furor que la autoridad no pudo contener, invadieron el convento, y cebáronse en él con rabiosa ferocidad, robando todos los muebles y arruinando los edificios, de suerte que en el espacio de tres dias quedó aquel suntuoso monasterio convertido en un monton de escombros, habiendo esto acontecido en 1470. Semillante destruccion llenó de espanto á los canónigos, que se vieron precisados á separarse y acogerse cada cual en casa de sus parientes, pero añade el cronista lleno de indignacion: «que si en parte alguna fué verdad el proverbio:

Jamais chieu le verrou d'église si'aronge
Qu'il n'ait senti le fouet, ou no soit en raget. (1)

en ninguna como en Macon; pues de cuantos invadieron la iglesia ni uno solo quedó impune.»

Durante las guerras de religion del siglo XVI, fué Macon tomada y perdida diferentes veces por las tropas de ambos partidos. El mas señalado sitio que sufrió de las tropas reales, fué en 1567. Despues de muchos dias de hambre, no pudiendo ya mas los habitantes, pidieron capitular. El duque de Nevers, gefe de las tropas, reunió un consejo de guerra, en que fueron admitidos los nobles de Macon que servian en el ejército, y casi todos opinaron que debian ser pasados á cuchillo los evangelistas; pero el carácter moderado y conciliador del duque de Nevers se negó á esta medida estrema, y aceptó la capitulacion, que fué firmada el 4 de diciembre, y la guarnicion depuso las armas y se retiró á Ginebra. En medio de tamañas calamidades tuvo tambien lugar la ruina de la iglesia de Macon, y lo que es mas lamentable, hasta la catedral, que quedó despojada de todas sus bellezas y ornamentos sin perdonar las sillas del coro, las mas hermosas de Francia, pintadas con figuras sacadas del Antiguo y del Nuevo Testamento, obra de increíble mérito formada con relieves de una pasta dada de color azul y dorada. «La iglesia, cuya lámina damos, fué edificada algunos años despues, pusieron en ella dos grandes torres, siendo los interiores adornos de lo mas suntuoso. Pero fué nuevamente devastada en 1793, de suerte que en el dia se halla muy distante de su esplendor antiguo.

La situacion de la ciudad es muy deliciosa, pues se halla en un pais muy fértil á la ribera derecha del Sena.

Hasta 1250, Macon tuvo condes hereditarios. Las crónicas de los conventos refieren la siguiente anecdota concerniente

al conde Girardo, que se mostró siempre muy amigo de los bienes de la iglesia. La abadía de Tournus poseia en Lonans un puerto que le producía una considerable renta en sal, que se repartía todos los años entre los pobres la primera semana de cuaresma. Girardo, de propia autoridad y sin cumplimientos, cierto dia estableció otro á muy corta distancia. En vano los religiosos le hicieron presente la injusticia de semejante empresa, pues ningun caso les hizo. Mucho tiempo despues fué á Tournus con numeroso acompañamiento, y entró en la iglesia de San Filiberto; paseándose en ella como en triunfo, sucedióle acaso pararse delante del altar de San Filiberto para hacerle oracion. Y mientras se hallaba rezando bajó un religioso de detrás del altar con un báculo en la mano, é interponiéndose entre el conde y el santo le dijo: «¿Cómo has sido osado á entrar en mi convento y en mi iglesia, cuando no temes quitarme mis rentas y derechos?» y dichas estas palabras cogió al conde por los cabellos, lo aterró y menudeó sendos garrotazos sobre sus espaldas. El pobre conde, mohino y dolorido, le prometió suprimir su nuevo impuesto. Cumplió en efecto su promesa, y no contento con esta concesion, envió á la iglesia de Tournus una rica alfombra de seda carmesí con tejido de oro, con otros varios regalos, como capas, dalmáticas, etc., adornadas de diamantes y preciosas pedrerías. El año de 1239, el conde Juan, y Alix su muger, viéndose sin hijos vendieron el condado de Macon al rey San Luis, por la suma de 10,000 libras, y 1,000 de renta vitalicia, y San Luis á su muerte reunió este país á la corona. Un siglo despues, y casi el mismo dia, el delphin Carlos, regente del reino, durante la prision del rey Juan, dió el condado de Macon en aumento de patrimonio á su hermano el duque de Berry; pero volvió al dominio de la corona despues de la muerte de este príncipe. En 1435, por el tratado de Arras, fué concedido á Felipe el Bueno, duque de Borgoña, y reintegrado de nuevo á la corona por Luis XI. Francisco I, prisionero en Madrid, lo cedió á Carlos V, pero por el tratado de Cambray, concluido en 1529, resolvióse que se devolviera dicho condado al rey, lo que fué confirmado en Crepi en 1544, y desde entonces ha formado siempre parte de la monarquía francesa.

RUI PEREZ DE AVILÉS.

DRAMA HISTORICO, EN PROSA, EN TRES ACTOS Y CINCO CUADROS, PRECEDIDO DE UN PROLOGO.

POR

D. NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO Y SUAREZ-MOSCOSO.

(Continuacion.)

ESCENA IV.

MAURO, RUI.

MAURO.

El traidor, despues de cometido el crimen, se disfrazó con la armadura y di-

visa de su victima, y merced á este ardido penetró sin obstáculo en su castillo, seguido de muchos hombres de armas.

RUI, con furor.

¡Fementido!

MAURO.

Descubierto el engaño, algunos fieles vasallos de tu familia hicieron frente á los traidores... mas fué en vano... su sangre enrojeció bien pronto el pavimento del gran salon feudal, siendo pasados á cuchillo despues de rendidos por el bárbaro usurpador, que no perdonó ni al tierno infante que dormía en la cuna, ni á las mugeres postradas ante el altar de su Dios.

RUI.

¡Horrible crimen, que pide una horrible venganza!...

MAURO.

Por un acaso feliz pude sustraerte yo al homicida puñal, y educarte ocultamente.

RUI, con fuego.

Pero ese miserable verdugo...

MAURO.

Vive aun, y goza de los feudos y dominios que á tu familia robó... Los hermanos de Pero Perez, poderosos y opulentos, no pensaron en vengarle, y muy presto olvidaron su memoria; por eso á ti...

RUI, interrumpiéndole, y con entusiasmo.

¡Sí, vive Dios! mi brazo, que ningun pastor logró doblar, y que ha vencido ya á los lobos y á los osos, será sobrado para acabar con el asesino y robador de mi familia, aunque sea un jayán mas fuerte que un torreón, y mas fiero que el tigre de Berbería.

MAURO.

Es santa tu indignacion, pero no ha sonado aun la hora de la venganza. Antes que todo debes saber que tu enemigo logra gran privanza con el rey de Castilla y de Leon.

RUI.

No me importa: el gran Fernando, tan valiente y caballero, me concederá un palenque en que citar al traidor al juicio de Dios, y con esta espada gloriosa, tantas veces vencedora...

MAURO.

Pero aun no puedes ceñirla. Es cierto que la educacion agreste que te he dado desarrolló tus fuertes miembros, y que en tu temprana edad has vencido, cual otro Sanson, á las fieras, dando repetidas muestras de saber despreciar la muerte... Mas no es permitido aun á ti, desconocido page, darla á un infanzon de alta prez, que ostenta en su pecho una cruz, y en su escudo ocho cuarteles. En fin, no eres aun caballero, y es necesario llesves tan noble dictado para acometer cualquier hazaña y llevar á cabo tan justísima venganza. Hasta entonces no sabrás el nombre del alevé.

RUI.

¡Ah! ¡decídmelo por piedad!

(1) Nunca un perro ha mordido el cerrojo de un templo sin sufrir el látigo ó la rabia.

MAURO.

Si tal hiciera no podría refrenar tus brios; le acometerías donde quiera que le hallases, y si por acaso no lo grabas darle muerte... tal vez tu noble sangre sería deramada por la mano infame del sayon.

RUI.

¡Razon teneis!... debe ser seguro el golpe.

MAURO.

A mí, pobre y oscuro ermitaño, no me es dado adiestrarte en los ejercicios guerreros que tu nacimiento, tu valor y fortaleza reclaman. No puedes permanecer en el castillo de Luera, es, pues, necesario dejar á tu patria por algun tiempo.

RUI, con *pasion*.

¡Alejarme de Avilés!... ¡jamás!

MAURO.

Despues de la injuria que de Alfonso recibiste ¿vuelves á su servicio?

RUI.

Ya de el me despedí para siempre, mas...

MAURO.

Vas á hacer tu aprendizaje con el mas valiente de los campeones cristianos, con don Pelayo Correa (4) maestro de la caballería de Santiago, y antiguo compañero de armas de tu buen padre, y que mora allá en Galicia en las riberas del Miño... Dentro de un año volverás, y...

RUI.

¿Por-un año he de ausentarme?... ¡imposible!

MAURO.

¡Qué escucho! ¿Rehusarias aprender el oficio de los héroes?... ¿Conquistar la calidad necesaria para tomar una pública y solemne venganza del vil asesino? ¡Y me pedias te revelase ya su nombre!...

RUI.

¡Perdonad!... yo partiré... mas no sabeis que dejo en Avilés mi vida y mi corazón...

MAURO.

¡Tan temprano enamorado!

RUI.

Hace largo tiempo ya que es dueño de mi alvedrío un ángel de belleza y de inocencia.

MAURO.

¿Con que es cierto que amas á la hermana de Alfonso?

(4) *Don Pelayo Correa*.—Fué el XIV maestro de Santiago, y uno de los mas famosos caballeros de aquel tiempo. Distinguióse especialmente en el sitio de Sevilla, en cuyo buen éxito tuvo gran parte; en el de Córdoba, y en la batalla de Tudía ó Tentudia, en Sierra Morena, donde segun cuentan las crónicas se prolongó el día por especial milagro, como en tiempo de Josué. El castillo principal, ó casa solar de los Correas, se ve en Galicia, cerca de Tuy, á la orilla del Miño.—Véase al *Nobiliario del conde don Pedro; Gandara, Triunfos de Galicia* etc.

RUI.

¿Quién os lo pudo decir?...

MAURO.

Hay apenas quien lo ignore, mas nada debo ocultarte, Inés no puede ser tuya.

RUI, con *entusiasmo*.

Aunque el infierno mismo se opusiera.

MAURO.

Gravísimos obstáculos os separan.

RUI.

¿Cuáles?

MAURO.

¿Olvidaste las injurias de Alfonso?

RUI.

Jamás, y sabré vengarlas; pero Inés me dió su amor y será mi esposa... Nadie en el mundo podrá ahora disputarme su mano, ya descubierta mi noble stirpe.

MAURO.

Eres todavía rapaz... en tu hermosa edad no hay abismos, no hay penas que alejen del pensamiento á la muger que se ama... Mas vuelvo á repetirte que debes apartar los ojos de Inés.

RUI, con *vehemencia*.

¿Qué quereis anunciarme?... Mas todo será en vano... Arrancadme el corazón, cubrid de oprobio mi nombre... rompéd el escudo de mi padre... pero no me ordeñeis renunciar al amor de Inés, que es mi ensueño... mi delicia... ¿No comprendéis que solo pronunciando su nombre siento en mí bastante esfuerzo para acometer las mayores hazañas que los siglos hayan visto?... Mas... yo os hablo un lenguaje incomprensible para vos... Vuestra anciana edad... La santidad de vuestras costumbres...

MAURO.

(¡Pobre jóven!...) En otra ocasion, á tu vuelta... hablaremos de tu amor, y si algun medio hubiese...

RUI.

Mi amante ha de ser mi esposa.

MAURO.

Ahora vuelve á Avilés á reposar, y al rayar el alba ven á abrazarme... Aqui encontrarás un corcel y un guia para conducirte al castillo del maestro.

RUI.

¿Tan presto ya?

MAURO.

Es necesario... ¡tu padre!... (*Señalando el sepulcro.*)

RUI.

¡Basta!... A todo cuanto de mí exijais obedeceré... ¡Todo menos olvidar á Inés!... (*Vase precipitadamente por la puerta oculta, que se cerrará tras él.*)

ESCENA V.

MAURO *manifiesta en su voz y en su ademán, en este y demas monólogos, que no es un decrepito anciano como aparenta.*

¡Funesta pasión, que puede frustrar mis intentos por tan largos años meditados!... Mas no debo desalentarme... Rui es casi un niño, y aunque ama con el fuego de la ilusión primera, cuando llegue á saber... Mas ¿qué oigo?... se acerca un caballo á la ermita... ¿Quién podrá ser á estas horas?... (*En actitud de escuchar, y acercándose á la puerta.*) Y corre velozmente... El gineté es sin duda un valeroso paladin, á quien no detienen los precipicios y el mal estado de la angosta senda que aqui conduce... Ya llega... ya echa pie á tierra.

ESCENA VI.

MAURO, ALFONSO, *encubierto*.

ALFONSO.

Santo ermitaño, ¡salud!

MAURO.

(Por la voz le conocí.) ¿Quién sois?

ALFONSO.

Un pobre vasallo... que viene en busca de consuelo... á vos que sois el ángel bueno de este pais, que sabeis curar las heridas del cuerpo y las del alma...

MAURO.

¡Honrais en demasia á un pobre pecador!... Mas decidme en qué podré complaceros.

ALFONSO, *presentándole una escarcela*.

Antes que confiaros mis penas, os suplico acepteis esta pobre ofrenda como corta recompensa de una misa que deseaba celebráreis ante esta milagrosa imagen de Nuestra Señora de Roizir.

MAURO.

Yo no vendo mis consejos y plegarias... nada acepto.

ALFONSO.

Es cumplimiento de un voto.

MAURO.

No puedo; yo no soy sacerdote... dirigete á otro...

ALFONSO.

Al menos me escuchareis, y dareis algun medio para aliviar la negra tristeza que pesa sobre mi alma, para apartar las horribles visiones que turban mi sueño...

MAURO.

Tú no eres un vasallo como dices, y aunque te encubre ese antifaz y jamás te hablé hasta ahora, no ignoro tu verdadero nombre y tus acciones mas escondidas.

ALFONSO.

(¡Cielos!...) ¿Quién os pudo rebelar?...

MAURO.

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, para el que nada está oculto.

ALFONSO, con asombro.

¿Luego es cierto lo que el vulgo dice que se descubre á vos lo pasado y porvenir?

MAURO.

Por tí mismo juzgarás. Tu nombre es Alfonso y te llamas de Luera, desde que por la mas cobarde traicion te deshiciste del noble Pero Perez, que edificara el castillo de aquel nombre.

ALFONSO, cayéndosele el antifaz, que no recoge.

¡Por piedad! ¡no habéis alto!

MAURO.

Tú eres aquel que, creyendo ahogar los negros remordimientos que destrozaban tu corazón, fuiste á guerrear á la Palestina y pusiste despues sobre tu pecho la roja cruz de Santiago... Allí, en Oriente, te cubriste de nuevos crímenes... Un día llegaste solo y mal herido á la casa de un honrado judío en las cercanías de Engadi, que te dió hospitalidad á pesar de su creencia contraria á la tuya...

ALFONSO, muy abatido.

¡Oh, no repitaís!...

MAURO.

En recompensa de la buena acogida que á Elias Levi mereciste, le robaste su caudal, le diste muerte en su propio lecho, como tambien á su esposa y á su hija, y dejaste presa de las llamas la pacífica morada que te sirviera de asilo.

ALFONSO.

Yo creía así servir la causa de Dios.

MAURO, continuando sin escucharle.

Pero de tí puede decirse como dice la Escritura de Cain, que si fué enorme tu crimen tu castigo es aun mayor...

ALFONSO.

¡No mas! ¡no prosigais!

MAURO.

Apenas pusiste el pie en las playas de Barcelona, encontraste un peregrino que te demandó limosna, y creíste reconocer en sus pálidas facciones las de tu víctima. Otro día que entraste en el alcázar de Toledo, á rendir homenaje al monarca de Castilla, pensaste ver en la comitiva del almojarife á Elias Levi el de Engadi... Mu-

chas noches, levantándose de la tumba, fué el mismo al castillo de Luera á interrumpir tu sueño, y recordarte que aquel suntuoso lecho en que dormías era el de Pero Perez de Aller. Por todas partes...

ALFONSO.

¡Callad!... ¡por compasión!... Es cierto cuanto decís. Por donde quiera que voy á mis víctimas encuentro, y tan no sentido afán hizo platear mis cabellos antes de la edad madura... Pero dime, ermitaño: ¿no tendrán fin mis tormentos?... ¿El cielo nunca perdona?

(Se continuará.)

MADRID; 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa núm. 8.

LOGOGRIFO.



La solución en el número inmediato.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

OBRAS EN PUBLICACION.

4.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince días.

—*Viage ilustrado en las cinco partes del Mundo*. Se han repartido las primeras entregas de esta importantísima obra, sobre la que no nos cansaremos de llamar la atención de los que nos favorecen, porque estamos seguros que hallarán reunidos en ella al interés de la narración la enseñanza; al mérito literario la belleza tipográfica.

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español* y vice versa, por Domínguez; segunda edición corregida y aumentada. Se reparte una entrega por semana.

3.^a SECCION. *Pedro Simple*, novela por Marryat, con grabados. Se reparte una entrega por semana.

OBRAS PUBLICADAS.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabril, con 74 grabados. Precio por suscripción, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el Grande, por Agustín Chalmel, con 30 grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 40 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edición y se avisará cuando se haga una nueva.

Maria Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la colección del autor titulada *Crímenes célebres*; tiene 45 grabados. Precio por suscripción, 2 y medio rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en

Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 40 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edición ilustrada con 400 grabados originales. Precio por suscripción, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 7 rs.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripción, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta, 8 y 40 rs.

Escenas de la vida privada y pública de los animales, obra crítica de costumbres políticas y sociales con 33 grabados. Precio por suscripción, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En venta 6 rs. en Madrid, y 8 en provincia.

Gil Blas de Santillana, edición ilustrada con 400 grabados originales. Precio por suscripción, 8 rs. en Madrid y 42 en provincia. En venta 46 y 20.

El colono de América, novela por Fenimore Cooper, con 24 grabados, precio por suscripción, 3 rs. en Madrid y 4 y medio en provincia. En venta 6 y 8 rs.